



Bueno, supongo que podrá salir el domingo...

—Ah! nun lo sé sejuro.

—Cuando se vía casar... si no aceta este corazón ardoroso...

—Ni siquiera ast! A ustedes les cuesta más ire pra la iglesia que á mí patrona estarse un dia sin rezonjare aunque le dueña la lenja.

—El mismo discoé siempre!... Sin embargo, si la visual de su cariño quisiera traspasarme las paredes del pecho hasta encontrar el motor que mueve mi maquinaria, se convencería' la presión que tiene, porque ibá ver que cuando está su lao hace más kilómetros que locomotora' é tren rápido.

—Si, ya lu he notadu que camina muy ligueru!

—Siempre se tiene apuro pa regar á la estación de la felicidad.

—Aunque sea en el vaíón del atrevimiento: ¿no? ;Se cree que me he olvidan? ;Todavía tenju el caloré del besu que me dió antianoché cuando vine á cerrar la puerta!

—No me lo ech'en cara, mi vida, que de acordarm'e sus lágrimas, dos días h'estado triste como violetas sin agua.

—Si, ya lu sé!... ;Por esu quisiera ajarrrarme las dos manus y hacerme acercare la cara, que tenía que decirme una cosa al oido!

—Es el cartño, mi raina!...

—O la jolusina!... Nun hace quince días que se arrimau á hablarme, y ya me ha puesto un besu sin prejuntare siquiera si lu acettaba.

—Cuando es el alma la que rempuja, el amor no sabe pedir permiso!...

—Usted siempre tiene alguna contestación adecuada.

—Y usted algún desdén á mano p'amarr-

garde el gusto en los labios. Estos labios, que al posarse en los tuyos encontraron más dulce que una confitería; estos labios que hubieran deseado estarse así como una ventosa y que al abrirse con ansias, con esas ansias locas del *primo amore*, quisieran haberle ocasional una madura en el corazón, madura grave que sólo hallara alivio en el bálsamo de mi cariño.

—Por favor, Santiajita, que m'estoy sintiendo mala!...

—No tenga miedo al fierro, mi raina, que aquí estás estos brazos pa si se desmayá.

—Nun, nun se acerque tanto, que le tenju miedo!... Nun haja como la otra noche, si nun quiere que descunfie.

—Pues yo la quierro asina, con los párpados entornaos; mirándome despacito. Asina, sí; asina, con los ojos hecho espejos donde se refleje el *cuore*.

—Es usted el propio mandinjo!

—Achicharrándome en el fuego más d'eyo, pa mí es la

sión, que á pesar de la misma gloria...

—Ay!, si me quisiera de veras...

—Qué felices seríamos, Santiajita...

—Es capaz de ponerlo en duda, todavía!...

—Quisiera creerlo, pero... ustedes los criollos son tan bandidus!...

—Sí, porqué en su tierra ningún español es malo ¡no?

—Nun lo sé. Yo nunca tuve noviu, pero creu que ispiran más cunianza...

—Ah, si lo supiera mi tía!

—Le buscarf'algún paisano.

—Nun, ni esu!... Siempre dice que todavía soy muy joven. Y tiene razón... apenas he cumplido diez y nueve años.

—Mismos los que pa mí enfermedad recetan los médicos!

—Nun ve? Ya se está poniendo informal!...

—Rica!...

—Nun se ponja así... Me justa más verlu seriu.

—A mí también. Y le prometo estarlo más que un inglés fumando en pito. Pero con una condición.

—Difala.

—Qu'el domingo va á salir contigo.

—¿Y dónde vamos?

—Al Parque Lezama, si le parece.

—Y se va á estar quietu?

—Con las manos en los bozillos y sin sacarlas ni pa utilizar el pañuelo, si usted no me l'ordena.

—Bueno, lu acetu. Peru nun me justa el sitio porque va mucha gente.

—Entonces?...

—Vamus al bosque de Palermo, que allí estaremos más solos, y además, cuñozco algunos lujares que están bastante oscuritos.

SANTIAGO DALLEGRÍ.